



Kelly Lytle Hernández, *¡La Migra! Una historia de la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos*, trad. de Gerardo Noriega Rivero, México, Fondo de Cultura Económica (Sociología), 2015, 475 pp.

El estudio de la historia de las relaciones entre México y Estados Unidos es complejo. En esta relación bilateral en la que intervienen múltiples factores, la complejidad es tal que resulta a veces laberíntica, muy difícil de asir y de encontrar un hilo conductor. Esto último es en mi opinión el principal mérito del trabajo de Kelly Lytle Hernández: haber encontrado en la historia de la Patrulla Fronteriza el hilo conductor que permite avanzar y profundizar en el conocimiento de la relación entre México y Estados Unidos. En el análisis se descubre hasta qué punto la *Migra*—como popularmente se conoce a la Patrulla Fronteriza— se convirtió en una institución fundamental en la construcción de la frontera.

La mayor contribución metodológica de esta obra es el amplio uso de fuentes originales de los gobiernos de México y de Estados Unidos. En *¡La Migra!* es encomiable el esfuerzo de la autora por rescatar archivos que estaban en muy mal estado, el empleo de diarios, las memorias de los agentes de la Patrulla Fronteriza y hasta las voces de sus esposas, que de este modo se convierten en testimonio oral.

La autora plantea un esquema creativo para analizar, a partir de la historia de una institución, los cambios ocurridos en la economía de la frontera entre México y Estados Unidos, la estructura económica y la sociedad, siempre en torno a la historia de las necesidades y los objetivos de la Patrulla Fronteriza. Limita la extensión de su trabajo a los primeros cincuenta años de ésta, desde su creación en 1924 hasta su 50 aniversario en 1974.

El libro está dividido en tres partes: “Formación”, “Transformación” y “Operación mojado y más allá”. En la primera narra cómo se creó la frontera sobre las bases de una legislación y una convivencia racistas. Comienza describiendo las diferencias geográficas que hay a lo largo de la frontera entre México y Estados Unidos: Texas y la cuenca del río Bravo, el desierto de Arizona y la región de riego de California. Hace además un análisis de la construcción de la frontera, que se consolidó durante la segunda mitad del siglo XIX, en el periodo previo a la Revolución mexicana y a la Primera Guerra Mundial. Explica cómo la expansión del ferrocarril y de la agricultura comercial en Texas y California, regiones en las que la mano de obra mexicana participó de forma determinante, le dio un gran impulso.

La autora describe el desarrollo de lo que llama la *genealogía de un mandato*, es decir, cómo las sucesivas leyes migratorias se fueron haciendo más restrictivas en nombre de una identidad protestante y de Europa del norte, y cómo, a pesar de esta naturaleza restrictiva, la migración mexicana fue en aumento. Menciona, por ejemplo, que a estas leyes se les calificó de racistas y eugenésicas, ya que estipulaban que sólo debían entrar a Estados Unidos ciudadanos sanos, que supieran leer y escribir. Esto para tratar de controlar el ingreso masivo de migrantes procedentes de Europa del sur o Rusia y los Balcanes, quienes eran vistos como una amenaza a la “identidad” del Estados Unidos de principios del siglo XX.

Revisa la evolución de las legislaciones migratorias de Estados Unidos hasta llegar a la de 1924 y explica cómo a partir de esta evolución es posible analizar el concepto de *identidad* que tenían los estadounidenses y las tensiones económicas que empujaban a aceptar a ciertos grupos. En nombre de la protección a la identidad, la Ley de Inmigración de 1924 impuso un sistema de cuotas por “raza” —término que hoy corresponde a *nacionalidad*—. Estas disposiciones se aplicaron en todo Estados Unidos, pero en su frontera sur, en donde se llevaba a cabo una migración casi sin control, tuvo efectos inesperados.

Según Lytle Hernández, la aplicación de la Ley de 1924 intenta imponer orden en el proceso migratorio; su mandato es grande, pero su presupuesto exiguo. Así ordena que el ingreso de los extranjeros se lleve a cabo por medio de un *puerto fronterizo*, y crea la Patrulla Fronteriza. Los primeros

agentes fueron habitantes de la frontera que “conocían” bien a los mexicanos. Tenían experiencia en el trato con ellos, pero no como agentes que aplicaran la ley.

Hasta ese año, el paso de la población mexicana era bastante libre. Atraída por el desarrollo de la agricultura comercial, la magnitud de la migración mexicana que se asentó en las regiones fronterizas era tal que creó condiciones particulares de familiaridad con la población anglosajona, más allá de la relación de trabajo. Los mexicanos no eran sujetos de discriminación y segregación legal como la población negra. Estaban en una categoría “intermedia” y eran numerosos, lo que dificultaba que los *nativistas* aplicaran sus principios con el pretexto de que no se asimilaban a la sociedad estadounidense. La legislación migratoria obligó el paso a Estados Unidos a través de un puerto fronterizo en el que había que pagar una suma de dinero. Esto llevó a numerosos migrantes a entrar por sitios que no estaban vigilados, pero que eran más peligrosos.

La *Migra* nació en pleno periodo de la prohibición de producción e importación de licor a Estados Unidos, lo que convirtió a México en un foco de producción y de origen de contrabando de licores. Como el tráfico de sustancias y de personas se llevaba a cabo a través de la frontera con México y muchos de los traficantes eran mexicanos o de origen mexicano, los agentes de la Patrulla Fronteriza asumieron que los mexicanos se inclinaban por las acciones ilegales. Esto contribuyó a reforzar la supuesta ilegalidad de los mexicanos y a consolidar a la Patrulla Fronteriza como una forma de control laboral, como una amenaza de deportación que pendía sobre los trabajadores sin documentos. Incluso se llegó a perseguir a mexicanos nacidos en Estados Unidos por el hecho de parecerlo y asumir por ende que estarían cometiendo delitos; es decir, se afirmó el injusto *racial profiling*.

La crisis mundial que comenzó en 1929 afectó profundamente la economía fronteriza; una de las primeras respuestas fue ordenar la deportación de mexicanos, política que afectó tanto a los indocumentados como a los mexicoestadunidenses.

Otro aspecto valioso de esta obra es el análisis que se hace, también en la primera parte, de la política migratoria mexicana. La autora explica cómo

en México, desde fines del siglo XIX, convivían dos percepciones sobre la migración: por un lado se pensaba que aliviaba los problemas económicos y, por el otro, que constituía una pérdida de recursos humanos. El gobierno mexicano declaraba que necesitaba de migrantes para modernizar al país y por eso la fomentaba; sin embargo, al mismo tiempo, la migración mexicana aumentaba, sobre todo la del periodo revolucionario.

Con el fin de la etapa armada de la Revolución, en los años veinte se publicaron los primeros trabajos acerca de la importancia económica que para México tenía la migración mexicana. Entre ellos, el más relevante fue el de Manuel Gamio, cuya influencia en el grupo gobernante comenta extensamente Lytle Hernández. Gamio, según narra, entrevistó a un gran número de migrantes mexicanos. Pensaba que, después de una larga estancia de trabajo en Estados Unidos, los mexicanos adquirirían nuevos hábitos de trabajo y otras formas de organizarse; se volvían más individualistas y laicos, por lo que su retorno tendría que ser positivo, ya que contribuirían a la modernización de México. Esta idea estuvo en boga durante los años veinte hasta que la pobreza material y de “capital social” de los retornados desmintió la teoría modernizadora de Gamio.

Con la creación de la Patrulla Fronteriza y los abusos que cometía, el gobierno mexicano decidió que la migración ilegal constituía un riesgo para los migrantes mexicanos, por lo que se intentaron diversas políticas para desalentarla (aunque en México la libertad de tránsito irrestricta está garantizada en la Constitución de 1917); entre ellas estaban las campañas que detallaban los riesgos del cruce sin documentos, los operativos policíacos en las estaciones del ferrocarril, la persecución a los que ayudaban a llevar a cabo cruces ilegales (los llamados *coyotes*). Además, se fomentó el desarrollo de las zonas que ya se veían como expulsoras de migrantes. Estas campañas no tuvieron mayor éxito, lo mismo que los planes de desarrollo regional que se topaban con la escasez de recursos del Estado.

La Gran Depresión que comenzó en 1929 privó de trabajo a un gran número de mexicanos en Estados Unidos. A partir de este periodo la cifra de retornados fue mayor que la de migrantes. Kelly Lytle Hernández explica las grandes dificultades económicas de los gobiernos mexicanos para recibir a los deportados, pues no había suficientes fuentes de trabajo, lo que

agravó aún más la precaria atención que el Estado mexicano podía ofrecer a sus connacionales.

Con la Segunda Guerra Mundial, la *Migra* adquirió un nuevo rostro, tema central de la “Transformación”, segunda parte del libro. La guerra aceleró la integración económica del espacio fronterizo entre México y Estados Unidos, en marcha desde hacía varios años por los movimientos de población y el flujo comercial, lo que mostró las posibilidades de cooperación bilateral e hizo visibles los intereses de los actores de la frontera. La entrada de Estados Unidos a la guerra en 1941 planteó nuevamente la necesidad de fortalecer sus fronteras y costas y, al mismo tiempo, asegurar la prosperidad de México a fin de garantizar su buena voluntad durante el conflicto.

La guerra y la gran demanda de productos alimenticios mexicanos, junto con la reciente expropiación petrolera, crearon una ocasión propicia para que México obtuviera beneficios de parte de su vecino del norte. La guerra contribuyó en gran medida a la creación de industrias y por lo tanto hubo nuevas oportunidades para obtener empleo en México. La conscripción general en Estados Unidos causó un gran déficit de trabajadores agrícolas, que se subsanó con mano de obra mexicana. El cambio de la agricultura de subsistencia a una de exportación causó problemas de desabasto en México en 1943, lo que propició más migración de campesinos mexicanos.

Éste es uno de los periodos más interesantes en la narración de Lytle Hernández. Es la época de la *buena vecindad*, inaugurada por el presidente Franklin Roosevelt; México se benefició de los acuerdos económicos en forma de inversiones y créditos para los programas de modernización de la agricultura, la minería y la infraestructura, concebidos para que México contribuyera al esfuerzo bélico. Con el crecimiento económico vino la industrialización y con ella la necesidad de mano de obra. Para regular un flujo de mexicanos que se preveía sería numeroso, se concibió el Programa Bracero.

Éste fue el primer plan para administrar la migración de forma bilateral. Gracias a los convenios Bracero el gobierno mexicano podía exigir a los empleadores derechos, como el salario mínimo, el fondo de ahorro y los servicios de salud. El Programa Bracero satisfizo las exigencias de los

agricultores, sobre todo los de California y Texas, para poder importar mano de obra que, a pesar de los requisitos impuestos, era muy barata en una época de guerra.

El Programa tuvo algunas consecuencias para la migración: la dividió en “legal” e “ilegal”, quienes no formaban parte de los acuerdos tenían que cruzar por otro sitio para evadir la acción de la *Migra*. Los acuerdos sólo regularon la migración masculina, no se consideró el cruce de familias o de mujeres, o de mujeres con niños, de modo que estos migrantes continuaron exponiéndose a los peligros del cruce ilegal. Sólo se contempló el trabajo agrícola, lo que hizo vulnerables a los trabajadores industriales. Las redadas comenzaron a ocurrir en sitios lejanos a la frontera y se confirmó que el control migratorio se centraba en los mexicanos.

Lytte Hernández demuestra cómo se formó un nuevo *lobby* de empresarios mexicanos que necesitaban mano de obra en las nuevas industrias que se creaban en México, y cómo éste presionó a los gobiernos de Estados Unidos y México para que impidieran la migración no autorizada. En el libro, la autora cita documentos de la Embajada de México en Estados Unidos en los que ésta exige la aplicación cabal de las leyes migratorias y que se impida el paso de los mexicanos (p. 226).

El resguardo de la frontera también se convirtió en un tema bilateral. México contribuyó a evitar que los posibles migrantes llegaran a la frontera, mientras que, para desbaratar las redes que ayudaban a los mexicanos a cruzarla, comenzaron las deportaciones al interior, a los lugares de origen de los migrantes.

Como bien señala Lytte Hernández, la Segunda Guerra Mundial causó un largo periodo de crecimiento económico y de desarrollo de las clases medias en la zona fronteriza. Los años cuarenta fueron una década de inclusión con nuevas oportunidades para los trabajadores, más allá del trabajo agrícola. La política de segregación en Estados Unidos encontró cada vez más enemigos, puesto que la guerra mundial los había enfrentado a una potencia racista. En Texas, por ejemplo, se aprobó la resolución “Caucasian Race–Equal Rights”, que prohibía la discriminación contra los mexicanos en lugares públicos (p. 281), es decir, reconocía a los mexicanos como “blancos”. A pesar de estos avances, la intensa colaboración de las autoridades mexicanas en

la frontera contribuyó a la reafirmación del carácter racista de la actuación de la *Migra*. Después de la guerra, la Patrulla Fronteriza se volvió un cuerpo profesional de gestión directamente federal, lo que propició su profesionalización. Los agentes provenían de todo Estados Unidos, y, por consiguiente, se desarrollaron protocolos para tratar con los indocumentados y llevar a cabo operativos más eficaces.

La complejidad de la administración de la frontera se ilustra en varios episodios de *¡La Migra!* Por ejemplo, la evolución de la población fronteriza, que creció constantemente con el avance de la colonización de esos territorios y del desarrollo económico. Algunas de estas comunidades llegaron incluso a enfrentar a la Patrulla Fronteriza al proteger personalmente a sus trabajadores y desafiar abiertamente su mandato. A pesar de la evidente hostilidad, la *Migra* no dejó de cumplir sus funciones. Cabe citar al respecto la reflexión de un agente de la *Migra* sobre la tenacidad de los migrantes: “Son como las hojas del bosque y la arena de la playa. Siguen viniendo desde lo que parece una fuente inagotable al otro lado del río” (p. 272).

La autora dedica la tercera parte a la “Operación mojado”. Explica este operativo que, si bien se distinguía por haber llevado a cabo la detención masiva de inmigrantes mexicanos, fue en realidad una gran operación de relaciones públicas. Relativamente, las detenciones fueron pocas.

A lo largo de este apartado se puede aprender cómo, mediante ensayo y error, se desarrolló un *modus vivendi* en la frontera entre México y Estados Unidos. La *Migra*, a pesar del aumento de sus recursos y de su tecnología cada vez más avanzada, no pudo detener el flujo de la migración mexicana. En esta tercera parte se demuestra cómo en un periodo largo los ciclos económicos de México y Estados Unidos afectan los flujos migratorios, sin que lleguen a cesar por completo.

El trabajo de Kelly Lytle Hernández es notable por la luz que la historia de una sola institución logra proyectar sobre diversos procesos políticos, económicos y sociales de la relación bilateral México-Estados Unidos. Desde luego, reconoce la gran influencia que tuvo la *Migra* en el desarrollo y la conformación de la población migrante y en la búsqueda de una solución bilateral negociada a un problema que se reconoce como bilateral desde hace tanto tiempo. *¡La Migra!* es un trabajo de investigación muy

ambicioso por el alcance que tiene. Se trata sin duda de un referente obligado en futuras investigaciones sobre el tema.

En su trabajo destaca la utilización de fuentes orales y los diarios que estaban en poder de los antiguos agentes de la Patrulla Fronteriza, de la propia institución, además del rescate de las voces de las esposas de los agentes de la Patrulla Fronteriza que se veían obligadas por la naturaleza del trabajo de sus maridos a hacer enormes esfuerzos para adaptarse a entornos en donde la población mexicana o de origen mexicano era mayoritaria.

Por momentos el texto parece repetitivo, ya que cuenta la historia de la *Migra* desde varios ángulos: las leyes migratorias, la frontera, las organizaciones mexicanoestadunidenses, los *lobbies* de empresarios. A partir de cada uno de ellos se reconstruye la historia de la Patrulla Fronteriza.

Por último, hay que mencionar que esta obra, originalmente publicada en inglés por la University of California Press en 2010, tardó cinco años en publicarse en español. Con todo, cabe felicitar al Fondo de Cultura Económica por esta edición, tan importante para el estudio de las relaciones internacionales.

*Luis Fernando Alva Martínez*